

840

MARCELLO CAETANO

LA TORRE Y ESPADA

ORDEN MILITAR

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROF. DOCTOR MARCELLO CAETANO, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, EN 4 DE OCTUBRE DE 1971, EN LA CEREMONIA EN QUE LE FUERON PRESENTADOS CUMPLIMIENTOS POR LOS MINISTROS DE LAS FUERZAS ARMADAS, CON MOTIVO DE HABER SIDO CONDECORADO CON LA GRAN CRUZ DE LA ORDEN MILITAR DE LA TORRE Y ESPADA

891

840



840

MARCELLO CAETANO



LA TORRE Y ESPADA ORDEN MILITAR

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROF. DOCTOR MARCELLO CAETANO, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, EN 4 DE OCTUBRE DE 1971, EN LA CEREMONIA EN QUE LE FUERON PRESENTADOS CUMPLIMIENTOS POR LOS MINISTROS DE LAS FUERZAS ARMADAS, CON MOTIVO DE HABER SIDO CONDECORADO CON LA GRAN CRUZ DE LA ORDEN MILITAR DE LA TORRE Y ESPADA

SECRETARIA DE ESTADO DA INFORMAÇÃO E TURISMO

1 9 7 1



Señores Ministros y Secretario de Estado,
Señores Generales:

Mucho me honra la presencia de Vuestras Excelencias aquí y emocionaron las palabras que acaban de ser proferidas por el Jefe del Estado Mayor de la Armada.

Los tiempos no están para lujos de ninguna especie, incluso aunque se trate de lujos verbales. Y el lenguaje sólo adquiere todo su valor cuando es usado para mostrar pensamientos verdaderos y expresar sinceros sentimientos.

Por eso aprecié tanto, Sr. Vice-Almirante, el estilo sencillo y directo de su salutación.

La Orden Militar de la Torre y Espada, del Valor, Lealtad y Mérito, es en nuestro país un galardón prestigioso, que crea enormes responsabilidades en quien lo recibe.

Dice la ley que puede ser otorgado por servicios prestados en la jefatura del gobierno, en gobiernos ultramarinos

y en el mando de tropas en operaciones; pero sobre todo — y esa es su característica más ahondada en la conciencia popular — se debe atribuir al heroísmo militar o cívico, y por actos excepcionales de abnegación y de sacrificio por la patria y la humanidad.

Ahora bien, especialmente, a partir de la reforma decretada en 1832 en nombre de la Reina Doña María II, los militares son los que han llenado en gran mayoría las filas de la Orden.

Primero, en virtud de las campañas de la Libertad. Hubo después, a mediados del siglo XIX, el tributo del heroísmo cívico de los médicos y de otros que lucharon al lado de ellos contra los cataclismos del cólera-morbo y de la fiebre amarilla. Pero a finales del mismo siglo, las campañas de Africa vinieron a enriquecer el historial de la Torre y Espada con nombres gloriosos cuya evocación recuerda gestas admirables del Ejército y la Marina.

En la guerra de 1914-1918, en la que entramos para, con autoridad, reivindicar en la paz nuestros derechos sobre el ultramar, otra vez las Fuerzas Armadas, en Africa y en Flandes, se batieron gallardamente y dieron nuevos nombres para las filas de la Orden. Y militares han sido casi todos cuantos la merecieron desde hace diez años hasta ahora, desde que fuimos obligados a acudir a las fronteras de Angola, de Mozambique y de Guinea, para combatir la subversión llevada hasta allí por nuestros enemigos.

Todo ello quiere decir que quien ingresa en la Orden de la Torre y Espada se encuentra con una pléyade gloriosa de soldados, en donde las sombras de los muertos hacen

realzar la altura de los vivos, y cuya contemplación nos permite recordar siglo y medio de la historia militar portuguesa.

En los archivos de la Orden figuran, desde humildes soldados y marineros — no hace mucho todavía fué enterrado el célebre soldado «Millones» que en la primera gran guerra tanta curiosidad despertó por su excepcional bravura — hasta mariscales y almirantes, tres de los cuales, Gomes da Costa, João de Azevedo Coutinho, y Craveiro Lopes conocí con el orgullo de ostentar en su pecho la cinta azul oscuro ganada en penosas condiciones en Africa, donde los tres se distinguieron en grados y ocasiones diferentes, pero todos ellos hermanados en la integridad del espíritu militar y en su ilimitada devoción a la patria.

En esos mismos archivos se encuentra la más variada gama de las acciones en que se puede desdoblar lo que el escritor francés llamó «servidumbre y grandeza de las armas». ¡Cuántos hombres despreciando el peligro, en el cumplimiento ciego del deber, en la dádiva total de sí mismos a una causa superior supieron salir de la mediocridad de lo cotidiano y encontrar, en el momento marcado por el destino, el gesto vigoroso que sublima una existencia entera!

Pero también, cuántos cuyo heroísmo residió en la firmeza del mando, con la aparente serenidad que esparce la confianza a su alrededor mientras las preocupaciones y los cuidados tienen afligido su espíritu en el momento anterior a la decisión suprema de la que puede resultar la

victoria o la derrota, o en las fases críticas de la ejecución que es necesario acompañar minuto a minuto, sin vacilar en la línea maestra, sino con la mente clara a fin de que la perseverancia no degenera en tozudez y que la coherencia lógica no contradiga las realidades ineludibles.

Esos jefes que tuvieron que preocuparse con los hombres a sus órdenes, velando por su disciplina, por su preparación, por su moral y por sus condiciones de vida, atendiendo a los mil y un aspectos de que depende la cohesión y la eficacia de una tropa, pero que al mismo tiempo se ven forzados a estar atentos en sus puestos, para cumplir las misiones que les confió la patria y adoptar las resoluciones que a cada momento exigen las circunstancias.

Los ejércitos no pueden prescindir de los soldados; pero no existen sin jefes.

La multitud de los alistados es sólo materia prima; únicamente los jefes que la comandan pueden transformarla en fuerza regular, con la dignidad, la nobleza y la utilidad de un arma al servicio de la nación.

«Un rey débil hace débil a la gente fuerte». Cuanto mayor es la posición del jefe, más amplia es su influencia y más pesada su responsabilidad. Los soldados se baten, y los soldados portugueses han demostrado, en muchas ocasiones de la Historia, su capacidad para batirse bien. Pero la valentía individual, para ser eficaz, necesita cada vez más el encuadramiento colectivo y tiene que ser pertrechada y orientada por quien posea en sí el don de atraer, entusiasmar y conducir a los hombres.

Por eso en esta teoría de militares insignes que la Orden de la Torre y Espada nos presenta, tienen sus puestos quienes la conquistaron por el heroísmo personal, y quienes la merecieron por la firmeza de su jefatura.

En este trance en que la nación portuguesa realiza lo que constituye el mayor esfuerzo militar de su Historia, la presencia de V. Ex.^{as} que ejemplifica el aprecio que tienen las Fuerzas Armadas por la más alta condecoración portuguesa, quiere significar asimismo su fidelidad a las tradiciones que ella contiene.

El materialismo ahoga las más puras virtudes cristianas que constituyen también el precioso patrimonio espiritual de nuestro pueblo. El aire está saturado de una sociología aniquiladora de los valores y méritos individuales, que hace del hombre una simple pieza de engranaje, moldeada en serie, según los condicionamientos y exigencias de la colectividad. Falsas elites buscan todos los pretextos para destruir el sentimiento de la patria, radicado bien hondo, sin embargo, en esta nación cuyos hijos se dispersan por el mundo, pero permanecen unidos en la comunión de la «saudade».

Mas nos encontramos en la hora de los grandes hechos y de las grandes almas.

Debemos continuar afirmando la primacía de los ideales sobre los intereses, la nobleza sin par de la generosidad que se da sin medida, la grandeza suprema de servir a la patria sin compensación. En las Fuerzas Armadas sólo debe haber ahorro — y casi avaricia — en

cuanto a la sangre de la juventud que se les entrega y que de ellas debe salir más viril, más culta y más experimentada para la vida; y del dinero del contribuyente, que el Estado tiene que administrar como un buen padre de familia para que a nadie falte lo esencial, si bien todos, en las ocasiones críticas, hayan de prescindir de lo supérfluo.

Debemos continuar exaltando el valor del hombre, como individuo, no para endiosarlo sacrificándolo egoístamente a las exigencias sociales, sino para afirmar que es la inteligencia de las personas, el carácter, la voluntad, la fuerza de ánimo, la valentía, la capacidad de sacrificio, la resolución de los hombres, lo que puede influir en los destinos de la humanidad y trazar los caminos de la Historia.

Debemos continuar cultivando el amor a la patria, no como una idea, concepto o categoría histórica, sino como realidad radicada en cada pulgada de nuestro ser, que en todos los gestos y actos, desde los primeros momentos de la vida, está presente y nos posee, querámoslo o no, como maternidad a la que debemos una parte preciosa del ser.

Hasta hoy no ha faltado en las Fuerzas Armadas el culto al Valor individual, a la Lealtad, a la Patria y a los jefes, y al Mérito en la Justicia. Y por más severa que sea la selección, continúa viniendo de ellas el contingente principal de los condecorados con la Torre y Espada.

Es preciso, pues, que esa fuente no se estanque y, antes al contrario, se torne cada vez más abundante, aunque no se amplíen nada los criterios de elección.

Es necesario que, como los soldados del quinientos, los de nuestros días, cuando sean llamados a las ásperas lides de la defensa, continúen inspirando epopeyas.

«Dando os corpos a fomes e vigías
A ferro, a fogo, a setas e a pelouros
A quentes regiões, a plagas frías
A golpes de Idolatras e de Mouros ...»

Cuatrocientos años pasaron desde la fecha de publicación de *Os Lusíadas*, en donde ya se exaltaba la expansión y la presencia de los portugueses en Africa, en Asia y en Oceanía.

Cuatrocientos años de luchas, de trabajos, de esfuerzos, de contribuir a la Civilización y de difundir la Cristandad. Pero estos cuatrocientos años no quebraron el temple de los portugueses ni debilitaron su determinación.

Las Fuerzas Armadas tienen que seguir siendo la escuela principal del patriotismo consciente y del servicio desinteresado a la nación.

Por eso en vosotros, sus Jefes, las saludo y venero.

NB



EFG00000513102



S.N. I